

Artículos arbitrados



PIDE PERMISO, MALEDUCADO

SOBRE UNA DIFERENCIA DE CORTESÍA ENTRE SORDOS Y OYENTES VENEZOLANOS

Fecha de recepción: 17 - 10 - 2002

Fecha de aceptación: 22 - 11 - 2002

MARÍA EUGENIA DOMÍNGUEZ MUJICA - domingue@ula.ve
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES - ESCUELA DE EDUCACIÓN

Resumen

Actualmente, la educación de los sordos brinda un riquísimo territorio para el estudio de las diferencias interculturales. Estos estudios pueden interesar a cualquier maestro debido a que, precisamente, cualquier escuela urbana o rural, de clase privilegiada o de niños pobres es siempre un semillero de diversidad cultural.

Aparte de la diversidad inherente a toda escuela, la escuela de sordos venezolana, pone frente a frente dos maneras de concebir la realidad: la cultura sorda, propia de los alumnos y auxiliares sordos que asisten a la escuela, y la cultura oyente, representada en los maestros y las familias oyentes.

El trabajo que se presenta analiza una diferencia intercultural. Se trata de un conflicto de costumbres de cortesía entre maestros oyentes y alumnos sordos: con frecuencia los maestros oyentes se quejan de la "mala educación" de sus alumnos sordos, quienes atraviesan el espacio de diálogo sin "pedir permiso". Visto el problema desde la perspectiva de la etnografía de la comunicación podemos verificar que, en este caso, los sordos y los oyentes tienen costumbres de cortesía diferentes que no son mutuamente reconocidas y que de esta situación se genera el conflicto.

Palabras clave: Educación, sordos, cortesía, etnografía, señas

Abstract

IT'S RUDE NOT TO SAY EXCUSE ME On different forms of politeness in hearing and non-hearing Venezuelans

At the present time, education for the deaf presents a rich territory for the study of inter-cultural differences. These studies should interest any teacher, since any school, whether urban or rural, for socially privileged or poor children, is always a hotbed of cultural diversity.

Aside from the diversity inherent in any school, schools for the deaf in Venezuela show the clash between two ways of seeing reality: the non-hearing culture of the pupils and helpers' in the school, and the hearing culture of teachers and family members.

This work examines an intercultural difference: the clash between forms of politeness of hearing teachers and non-hearing pupils. The hearing teachers frequently complain of the "rudeness" of the pupils, who break into a conversation without an "excuse me". From the point of view of communicational ethnography, it is clear that in this case the non-hearing and the hearing have different forms of politeness that are not mutually recognized, and that this situation creates problems.

Key words: education, deaf, politeness, ethnography, signing.



Sobre la concepción actual de los sordos y la sordera

Antes de los años ochenta, prevalecía en el mundo la concepción de que las personas sordas eran discapacitados y, por tanto, sujetos de la medicina y la terapia (terapia de lenguaje o fonoaudiología)

Hoy vemos el problema de manera diferente. Si bien la condición de sordera es, con frecuencia, consecuencia de una enfermedad, la imposibilidad de oír normalmente es una condición permanente que tiene en la vida de la persona sorda mayores implicaciones sociales y culturales que médicas.

Así, hoy en día, prevalece el enfoque multicultural y socio antropológico en la interpretación de las necesidades educativas y sociales de la persona sorda: concebimos al sujeto sordo no como un enfermo sino como un sujeto con especificidades culturales y antropológicas que derivan de su condición de sordo, la más importante de ellas; la necesidad de usar una lengua visual, esto es, una lengua de señas.

La audición es una característica de la especie humana, y forma, por tanto, parte de la vida de muchos seres humanos. Lógicamente está presente en la organización de la vida social de casi todas las culturas, en prácticas, por ejemplo, como el baile o en codificaciones de alarma como las sirenas y timbres. Además, la mayoría de los idiomas tiene como medio de transmisión el sonido, casi todas las lenguas del mundo son de tipo orales-auditivo.

Todo esto condiciona que los sordos, aquellos que no oyen normalmente, precisen de una organización de la experiencia diferente para poder sobrevivir en una sociedad estructurada para oyentes.

Compartir esta forma particular de organizar la existencia es una importante razón por la cual los sordos se identifican entre sí, se reúnen continuamente y forman vínculos de solidaridad, afinidad y defensa, es decir, se constituyen en comunidad. Como todos los seres humanos, las personas sordas tienen una fuerte necesidad de identificarse con sus semejantes, de modo que no es extraño que en la medida que tengan posibilidad de contactarse y conocerse (por ejemplo en las escuelas) los niños y adultos sordos pasen a ser parte de comunidades.

Una comunidad de sordos es, pues, un grupo humano que se identifica y cohesiona principalmente por

la condición de “ser sordo”.

Esta condición, si bien se origina en la carencia de audición normal, comprende un conjunto específico de experiencias. Desde mi punto de vista, las diferencias básicas que estructuran la “experiencia sorda” son:

a) El uso de una lengua visual (una lengua de señas, que se aprende y transmite generalmente en las escuelas de sordos)

b) La conciencia de diferencia respecto a la mayoría (que en los casos de sordos que nacen en familias oyentes se caracteriza por una peculiar vivencia de aislamiento)

c) La habilidad para buscar datos a través de medios no auditivos y

d) Una concepción primordialmente visual de la información

A partir de estas diferencias comunes, muchos sordos no sólo van a desarrollar su vida, sino que también se van a adherir a otras formas de conciencia e identificación de grupo apenas entren en contacto con otras personas sordas, por ejemplo, a través de la escuela de sordos. Un sordo venezolano, por ejemplo, consumará un brindis a través del roce de sus dedos, en lugar del choque de copas usual entre oyentes, pues, obviamente, la primera forma proporciona una respuesta sensorial válida para alguien que no oye y, sobre todo, ofrece una forma de identidad específica.

Estos “arreglos” entre las posibilidades y las necesidades presuponen entre los sordos prácticas y regulaciones sociales en las que, obviamente, se prescinde del sonido, se privilegian los datos visuales y táctiles y, más importante aún, se forma una conciencia de pertenecer a un grupo “diferente”.

Sin embargo, algunas costumbres de las comunidades sordas, entre ellas algunas formas de cortesía, no son visibles para los oyentes y por ello pueden resultar incomprensibles y probablemente amenazadoras para estos (Hofstede, 1999)

La cortesía como mitigadora de conflicto

Comúnmente, se cree que la cortesía es un rasgo de “buena educación”: las personas correctamente educadas, tienen modales y saben usar ciertas fórmulas verbales tales como “gracias”, “buenos días”, “lo siento”, “con permiso”. Los maestros, sin ser muy concientes de los objetivos de la cortesía son transmisores de sus prácticas.

La cortesía, sin embargo, cumple funciones comunicativas más complejas que la autoidentificación

(como la división entre bien y mal educados). Diversas teorías actuales (Brown y Levinson, 1987; Havercate, 1994) analizan la cortesía desde el punto de vista de su función social. Todas estas teorizaciones conciben que la cortesía cumple un papel en la mitigación del conflicto que inevitablemente surge entre los intereses de las personas cuando interactúan.

Cuando una persona, por ejemplo, pide “por favor” que le pasen el pan en una comida, sin apenas darse cuenta, está manifestando su voluntad de ocasionar una molestia y lograr su objetivo sin sufrir la reprobación del grupo al que pertenece.

Como se ha dicho, la situación investigada es la interrupción del espacio de diálogo; el espacio que separa a dos interlocutores. Esta situación supone el uso de cortesía, puesto que “atravesarse” constituye un conflicto de intereses entre los hablantes y el que irrumpe.

Entre los oyentes venezolanos, este ruido comunicativo está atenuado mediante cortesía negativa (Brown y Levinson, 1987) Cuando un oyente irrumpe en un espacio de diálogo debe solicitar “permiso”. La frase típica en Venezuela es “Con permiso”. Se trata de una estrategia abierta (se expresa la voluntad de no interferir) negativa (expresa la voluntad de hacer algo aunque atente contra el otro) e indirecta (supone el sentido “paso gracias a que ustedes me lo permiten”, es decir “paso, con su permiso”)

Este procedimiento, que tiene un equivalente léxico en la Lengua de Señas Venezolana no es fácilmente adoptado por nuestra comunidad de sordos a pesar de que se les recrimina el no hacerlo.

En lo que sigue, abordaré el estudio de este fenómeno desde el punto de vista de la cortesía como mitigadora de conflicto y trataré de ofrecer una explicación para la “resistencia” de los sordos venezolanos a adoptar la norma de cortesía de los oyentes y propondré un modelo experimental que permita dar cuenta de esta hipótesis.

La gran ensalada de sordos

Un sordo es una persona que no oye normalmente, por lo menos a niveles que le permitan ser completamente autónomo en la adquisición y uso de una lengua oral. Sin embargo, dentro de la misma condición de sordera, hay una gran diversidad de situaciones diferenciales. Piénsese, por ejemplo, en las diferencias entre una persona que nunca ha oído y otra que se ha quedado sorda por senilidad.

La tradición popular tiende a ilustrar esta distinción llamando “mudo” o “sordomudo” a aquella persona que

nació sorda o que perdió la audición antes de aprender a hablar oralmente, pues resultan muy obvias sus imposibilidades con la lengua oral. Técnicamente, llamamos “sordos prelingüísticos” a estos “mudos” o simplemente “sordo”.

Naturalmente, en estas comunidades se conjuntan personas de ambos sexos, diferentes edades, diversas procedencias y situaciones sociales, hetero u homosexuales, con variable grado de educación, personalidades, gustos, experiencias, preferencias políticas, estado civil, relaciones familiares, etc. Una persona sorda –como cualquiera– es el resultado de un conjunto de identidades, por demás variables, que la constituyen.

Sin embargo, los oyentes (que igualmente somos representantes de una gran y dinámica gama de diversidad) tendemos a mirar a los sordos como un conjunto homogéneo que se define por la sordera y, generalmente, las conclusiones a las que arribamos por el contacto con un miembro o unos pocos miembros de la comunidad sorda, se generalizan hasta considerarlas en el rango de “características de la comunidad”. Hofstede ofrece una explicación para esto:

... el contacto intercultural entre grupos *no* desencadena automáticamente una comprensión mutua. Habitualmente confirma aún más a cada grupo en su propia identidad. Los miembros de otro grupo no son percibidos como individuos sino como estereotipos: todos los chinos se parecen; todos los escoceses son tacaños.

Los sordos son maleducados

Mundialmente son numerosos los estudios que han tratado de describir y tipificar la cultura sorda. No son pocos los trabajos destinados a dar cuenta de las situaciones de contacto e interculturalidad que, imperiosamente se produce entre sordos y oyentes.

Hofstede propone un modelo interesante para evaluar las relaciones entre grupos en contacto culturalmente distintos. Según este investigador, en toda relación intercultural se puede tipificar algún “grupo anfitrión” (el grupo aborigen o el de la mayoría) y un “grupo extranjero” (el grupo minoritario o el forastero)

En el caso que nos ocupa, la colectividad oyente puede ser tipificada como el grupo anfitrión, pues en donde quiera que haya comunidades sordas, les antecede la presencia de comunidades oyentes, en tanto que la comunidad sorda equivaldría al grupo extranjero.

El contacto intercultural típicamente pasa, entonces, por las siguientes tres fases (Hofstede, 341):

1) Curiosidad: Momento en el que ambos grupos se reconocen como diferentes.

2) Etnocentrismo: Que se evidencia cuando el grupo anfitrión evalúa al visitante según los criterios de su propia cultura, proceso que produce dos resultados:

i. etnocéntrico negativo: los comportamientos inexplicables significarán: grosería, malos modales, ingenuidad, incompetencia o estupidez.

ii. xenofilia: la convicción de que todo en la cultura extranjera es mejor, es decir la supravaloración del mundo ajeno desconocido e idealizado.

Con cualquiera de sus dos resultados, el etnocentrismo se fundamenta en “la convicción de que el pequeño mundo propio es el centro del universo” (Hofstede, 342).

3) Policentrismo: Que se traduce en el reconocimiento de que no es posible aplicar los criterios propios a la interpretación de los actos de grupos extranjeros

Para este autor la evolución del etnocentrismo al policentrismo ocurre mediante la frecuentación y la profundización no polémica de las relaciones.

En mi opinión, esta evolución idílica rara vez se produce en grupos que tengan un contacto prolongado si uno de ellos se “enquista” en una situación de poder y se asume como el tutor o regulador de los intercambios interculturales.

Las escuelas de sordos son un buen ejemplo para ilustrar este tipo de situación. En Venezuela, desde los años 30 hasta principios de los 80, por razones cuya descripción excede los límites de este trabajo, se impuso en el mundo una concepción clínica de la sordera.

Durante ese tiempo privó la concepción de que los sordos eran enfermos y que la sordera era una enfermedad que la ciencia derrotaría. Evidencias de esta concepción las observamos en los especialistas a cargo de la educación de las personas sordas: un espectro de profesiones medicalizadoras como la terapia de lenguaje, la foniatría, la logopedia, etc. y en la concepción de la educación como “terapia” con métodos eminentemente de naturaleza clínica.

En esta concepción resultaba del todo imposible reconocer que las personas sordas tienen una identidad cultural propia: el sordo no era otra cosa que un minusválido, un discapacitado o impedido que dependía casi por completo de la protección y transmisión de conocimientos de los oyentes especialistas.

Esta postura oficial no impedía, sin embargo, que -aun proscrita e incomprendida- se desarrollara y transmitiera una cultura entre los niños y adultos sordos, para quienes la escuela era un ámbito de encuentro e identificación.

A mediados de los años ochenta, la política oficial

cambió en Venezuela; se estableció que la Lengua de Señas Venezolana (LSV) es la lengua oficial de transmisión de conocimiento. A pesar del tiempo que ha transcurrido desde esta oficialización de la LSV muy pocos maestros oyentes tienen dominio de ella y no hay maestros sordos a cargo de la educación, si bien es cierto que muchos maestros hacen un esfuerzo para validar las opiniones de los sordos y las prácticas de exclusión o infravaloración de los sordos, cuando son abiertas y concientes, se consideran censurables.

Es fácil ver cómo los profesionales oyentes que continúan trabajando en las escuelas de sordos se enfrentan a la temible paradoja de asimilar un cambio epistemológico que es contrario a muchos de sus saberes y posibles motivaciones anteriores en su relación con la sordera. Un profesional terapeuta de lenguaje, por ejemplo, probablemente afín a las ciencias de la salud, encuentra súbitamente que su quehacer en una escuela de sordos tiene más relación con el trabajo de un etnólogo o un lingüista y no con el de un médico. Estos cambios han generado traumas y conflictos que supongo deben dificultar la evolución de una relación etnocentrista a una policentrista, ya que lógicamente, los oyentes necesitan preservar territorios de poder que den legitimidad y protejan su presencia en las escuelas de sordos.

Por otra parte, entre los miembros de la comunidad sorda la poca formación académica y la escasa tradición de descripción –o divulgación– de sus prácticas y saberes, a más de su debilidad social (manifestada, por ejemplo, en el mínimo protagonismo en posiciones de poder dentro de las escuelas de sordos) condicionan que las normas sociales “sordas” arriben muy lentamente a posiciones de prestigio.

Todo esto conforma un caldo de cultivo propicio para el desinterés y la descalificación de la norma del grupo extranjero (la comunidad sorda), lo cual en cuanto a los modales, se ha estereotipado con una generalización bastante común: los sordos son maleducados.

La irrupción en el espacio de diálogo

Tratemos de imaginar la siguiente situación: Dos maestros oyentes entablan una conversación en la puerta de la dirección de una escuela de sordos. Súbitamente pasa un estudiante sordo entre ellos, sin pedir permiso, lo cual distrae momentáneamente la conversación a causa de la sorpresa y el desagrado de los interlocutores que interpretan este acto como una trasgresión.

Casi inmediatamente después pasa un directivo

oyente, quien se excusa brevemente por la interrupción y saluda con una sonrisa a uno de los maestros al que no había visto ese día hasta entonces. En este caso la conversación también se distrae, pero no se observan en los interlocutores señales de molestia y la conversación sigue fluyendo tras la interrupción.

A continuación se acerca un auxiliar sordo (el rol más parecido al de un maestro sordo, en las escuelas actuales) y, un poco azorado, hunde el mentón y pasa lo más rápido que puede. Nuevamente la irrupción es interpretada por los maestros como un acto agresivo. Uno de ellos, evidentemente incómodo, sujeta al auxiliar por un brazo y le pide que, la próxima vez, pida permiso, aprovechando para recordarle la importante función como modelo de buena educación que tiene con los estudiantes de la institución.

Finalmente, llega uno de los pocos sordos profesionales que frecuenta la escuela. Es odontólogo y también necesita pasar. Al igual que el sordo auxiliar hunde el mentón y pasa rápido, pero a diferencia de aquél, da un breve apretón en un brazo a cada maestro. Estos prácticamente lo ignoran.

En la anterior situación he conjuntado diferentes observaciones independientes que realicé en la escuela de sordos de Mérida para hacer este trabajo. Para indagar, seguí la metodología de la etnografía de la comunicación observando la situación “ecológicamente” (Duranti, 1992) durante una mañana en una escuela de sordos para discutirla con adultos sordos, considerados intérpretes culturalmente válidos.

Según observamos, en general los sordos prefirieron pasar entre dos interlocutores rápidamente y sin señar palabra pero adoptando sistemáticamente una postura de encogimiento de hombros y mentón bajo. Luego, notamos que este uso no causa problemas cuando el espacio de diálogo es de personas sordas: dos sordos dialogando no consideran conflictivo que un sordo atraviese el espacio de diálogo sin hacer la seña “permiso”.

Los sordos tienen “otra” cortesía

La hipótesis que nos planteamos fue, entonces, que los sordos deben usar una forma de cortesía mitigadora, diferente a la de los oyentes venezolanos.

Para tratar de interpretar estos comportamientos pregunté al estudiante por qué había pasado sin detenerse a “pedir permiso”. Su respuesta fue: “Es que soy un poco loco”.

El auxiliar por su parte explicó que tenía mucha prisa y que por eso había “olvidado” “pedir permiso”. El sordo odontólogo prefirió no comentar algo al respecto.

Posteriormente comenté estos episodios a una estudiante norteamericana del Medio Oeste, región corrientemente conocida en Estados Unidos como practicante de un complicado y rígido sistema de cortesía. Según ella en su región se habría calificado de impertinente la actuación del director quien no sólo interrumpió la conversación sino que prolongó la interrupción añadiendo un saludo. Desde su punto de vista lo “educado” era pasar tratando de pasar inadvertido, pues esto demostraría que respeta la conversación que sostienen los dos maestros.

Creo que las respuestas del auxiliar y del estudiante reflejan una descalificación manifiesta a una norma que, sin embargo, siguen usando y que –si nos guiamos por la información de la estudiante de Minneapolis– no es necesariamente exclusiva de una conceptualización sorda.

El odontólogo por su parte, es un sordo que ha tenido un prolongado y tortuoso vínculo con la cultura oyente: a pesar de que nunca dispuso de un intérprete logró culminar una carrera universitaria. Esto me permite especular que se trata de una persona experta en conflictos interculturales sordos–oyentes y por eso ha desarrollado una estrategia de mediación (los apretones en los brazos)



y de evitación del conflicto: se exime de opinar para calificar una actuación en la que está implícita la cortesía.

Todo lo anterior pareciera demostrarnos que hay una regla de cortesía en la comunidad de sordos venezolanos que se asemeja a la norma de cortesía de cierta porción de Estados Unidos y que se puede formular así:

“Si tiene que atravesar el espacio que separa a dos interlocutores, hágalo rápido y tratando de pasar inadvertido”

La redundancia de lo visual. Una explicación posible para la ausencia de formulación señada en el acto de cortesía de los sordos

A pesar de las conclusiones provisionales esbozadas, no nos queda claro por qué los sordos no usan esta norma entre sí e inventan otra más satisfactoria para su relación con los oyentes. Es decir, a pesar de que interculturalmente no rinde los beneficios esperados para evitar el conflicto intercultural (los maestros oyentes les llaman la atención y les denominan “maleducados”) persiste entre los sordos el uso de atravesar el espacio de diálogo sin hacer ninguna formulación verbal.

Creo que una explicación posible está en el fuerte arraigo que tiene en la cosmovisión sorda sortear la redundancia visual, capacidad adquirida gracias a un continuo entrenamiento de predecir los eventos ambientales, tanto sociales como no sociales prescindiendo de señales auditivas.

Posiblemente, una anécdota al respecto ilustre mejor estas diferencias: Hace algún tiempo algunos investigadores de lenguas de señas polemizábamos sobre los llamados “restos auditivos” de un joven sordo que colaboraba con nosotros como informante. Algunos señalaban el hecho de que ese joven estaba en permanente y armónica sintonía con el medio “como si no fuera sordo profundo”; como si fuera capaz de percibir más información auditiva de la que él admitía captar.

En una oportunidad, alguien se acercó a él y le pidió fuego para encender un cigarrillo. Por la posición relativa de ambos, era imposible que el sordo hubiera podido “leer” los labios de la persona que le solicitaba fuego, quien –sin duda– ignoraba que se estaba dirigiendo a un sordo. No obstante, con toda naturalidad y rapidez este joven sordo tomó su propio yesquero y cumplió con el favor solicitado.

Tal comportamiento generó una encendida polémica en el grupo entre quienes creíamos que el joven

era realmente sordo profundo y quienes no. La explicación que el mismo joven sordo nos dio fue ésta:

En la calle hay, básicamente, tres razones por las cuales un desconocido se dirige a nosotros:

- 1) Para preguntarnos algo (frecuentemente una dirección o la hora)
- 2) Para darnos algo (frecuentemente una propaganda)
- 3) Para pedirnos algo (frecuentemente fuego o dinero)

En la situación descrita y con estas premisas, era aparentemente fácil desambiguar el contenido de la solicitud debido a que el desconocido que pidió fuego tenía en sus manos un cigarrillo. Este detalle visual, inadvertido para los oyentes acostumbrados a buscar indicios y a hacer predicciones con la guía del mensaje verbal, era fundamental para una persona sorda acostumbrada a intercambios en la calle en los cuales no es reconocido ni tratado como sordo, de allí la velocidad y eficacia de la respuesta.

En el caso de cortesía que nos ocupa, la irrupción en el espacio de diálogo significaría un despliegue enorme de “ruido” visual para una persona acostumbrada a captar rápida y eficazmente el máximo de información visual y, por tanto, prácticamente un acto grave de ruptura del diálogo ajeno.

Nótese que el sordo que estableció una solución mediadora lo hizo justamente a través de la vía táctil, a través de un brevísimo apretón y cumplió el cometido de ser ignorado. Esta estrategia se correspondería con una combinación de lo que Brown y Levinson denominan imagen positiva y negativa. Es decir, el sordo en cuestión logró que no se impidiera su acto (imagen negativa) y al mismo tiempo obtuvo la aprobación por lo que hacía (imagen positiva)

Según los sordos que colaboraron en las interpretaciones para este trabajo la postura de “encogimiento” es una forma cortés de enfrentar la situación de irrupción en el espacio de diálogo, debido a que ellos –como usuarios de una lengua visual– encuentran dicha irrupción muy perturbadora, pues cuando un señante deja de ver al interlocutor, está literalmente imposibilitado de continuar con el diálogo.

Los sordos participantes estimaron que, considerado todo lo anterior, sería desatinado añadir mayores complicaciones y “entretener” a los interlocutores con el uso de una seña de disculpa. La postura de encogimiento puede ser, entonces, un acto de cortesía abierto, indirecto y de cortesía negativa, puesto que expresa la voluntad de no molestar al destinatario.

5. A manera de conclusión

En este punto de la investigación sería de suma utilidad establecer algunas precisiones que confirmen o nieguen mis presunciones sobre el problema intercultural que he descrito.

En primer lugar, sería necesario realizar este tipo de observaciones cuando el espacio de diálogo que se interrumpe es el de dos personas sordas que hablan entre sí con señas. También sería necesario precisar si existen estrategias corporales sistemáticas para manifestar la intención de irrumpir lo menos posible, tales como reducir la estatura hundiendo el mentón, aumentar la velocidad de marcha, evitar la mirada de quienes conversan, etc.

Así mismo, convendría indagar la percepción que produce en miembros de la comunidad sorda el ejercicio señalado de la norma oyente de pedir permiso.

Por último, sería conveniente desglosar los elementos de los que se compone el estereotipo “sordo maleducado” que presumo existe entre los maestros oyentes de una escuela de sordos.

En resumen, mediante el trabajo que se presenta se intentó demostrar que:

a. La cortesía entre los sordos puede ser diferente a la cortesía de los oyentes venezolanos. Esto es otro rasgo más de la especificidad cultural de los grupos de sordos.

b. Es necesario proponer formas de comprensión de la cortesía de los diferentes grupos de sordos y oyentes en contacto (por ejemplo, en las escuelas de sordos entre maestros oyentes y sordos estudiantes) con el fin de disminuir conflictos, enfrentamientos y descalificaciones entre grupos culturalmente diferentes. (E)

Bibliografía

- Brown y Levinson. 1987. *Politeness. Some universal in language use*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Domínguez, M. 1996. *Los verbos de la LSV. Fundamentos para comprender la morfología de una lengua de señas*. Mérida: Universidad de Los Andes. Tesis de Maestría (mimeo)
- Domínguez, M. 1999. *Algunos datos sobre la llamada cultura sorda venezolana*. Mérida Universidad de Los Andes: Papeles de Comunicación Eficaz.
- Duranti, Alessandro 1992. *La etnografía del habla: hacia una lingüística de la praxis*. En: El lenguaje: contexto sociocultural. Cambridge: Universidad de Cambridge
- Escandell, M. 1993. *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Anthropos.
- Havercate, H. 1994. *La cortesía verbal*. Madrid: Gredos
- Hofstede, Geert. 1999. *Culturas y organizaciones: El software mental, la cooperación internacional y su importancia para la sobrevivencia*. Madrid: Alianza



Frases célebres de Bush
Umberto Eco* / El Mundo (España) - 20/02/03



Con los vientos de guerra que soplan, estamos en manos del hombre más poderoso del mundo: George W. Bush. Y es que, hoy en día, nadie pretende, como sostenía Platón, que los Estados sean gobernados por filósofos, pero al menos no estaría mal que estuviesen en manos de personas con ideas claras.

Vale la pena consultar en Internet el sitio www.bushisms.com, donde se recogen las frases célebres de Bush. Entre ellas he espigado las siguientes, sin fecha ni lugar:

«Si no hacemos la guerra, corremos el riesgo de fracasar».

«No es la contaminación la que amenaza el medio ambiente, sino la impureza del aire y del agua».